
6 Reino de Dios y reino de los hombres

*“Para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a
vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16)*

Objetivo

*Hacernos cada vez más conscientes
de que los cristianos tenemos por misión
llevar a los hombres el mensaje de
Cristo, sin dejarnos influir por criterios y
planteamientos mundanos.*

Introducción

Estamos acostumbrados, por desgracia, a escuchar noticias sobre corrupción de personajes responsables de la vida pública, a recibir mensajes que empujan sin descanso a un consumismo exacerbado, a que el afán de escalar puestos a cualquier precio sea el motor del hombre de hoy y la mentira, su más eficaz arma. Somos testigos de una mentalidad peligrosamente extendida que valora a las personas más por lo que tienen, ya sea recursos económicos, títulos académicos, influencia en los medios de comunicación, etc., que por lo que son. Su dignidad como personas se basa, según estos criterios, no en su origen y destino divinos, no en ser criatura de Dios, irrepetible, por la que Cristo subió a la Cruz, sino en sus riquezas, sean del tipo que sean. Nos vemos rodeados por un ambiente hostil que pretende,

en aras del progreso y del mayor bienestar del hombre, destruir al propio hombre, alejándolo de su verdadero camino e introduciéndolo en una espiral de vértigo que desemboca en el vacío.

La civilización occidental, antorcha que guió al mundo durante siglos, ha entrado en una crisis de orden civil y también religioso, que podría conducirla a su destrucción. Sus raíces cristianas, sin las cuales es incomprendible la identidad europea, están siendo socavadas de una forma tenaz y eficazísima. En el plano de lo civil, ideologías secularizadas marcan la vida social: “desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolija y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un ‘nihilismo’ que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo”. En cuanto al aspecto religioso, la crisis procede de “la desafección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza equilibrio a las personas y comunidades” (S. Juan Pablo II, *Discurso en el Acto Europeísta*, España 1989).

En silencio pero sin descanso, ideas contrarias al verdadero bien del hombre van instalándose en las mentes de las personas que, amparadas en la supuesta bondad de los medios de comunicación o de las instancias sociales, prestan oídos a mensajes que destruyen

paulatinamente su escala de valores, alterándola e incluso desterrando de ella cualquier valor universal. Casi sin darnos cuenta, vamos dejándonos atrapar en estas redes que nos desarman desde el punto de vista moral y nos hacen vulnerables a cualquier ataque. Y ahora, vista la situación, ¿cuál debe ser la actitud de un cristiano frente a esta civilización en crisis? ¿Qué significa, en concreto, ser cristiano en nuestro siglo? El papa S. Juan Pablo II, en su encíclica *Tertio Millennio Adveniente*, nos da la fórmula para contestar a estas preguntas: "A la crisis de civilización hay que responder con la civilización del amor, fundada sobre valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización" (TMA 52).

La expresión "civilización del amor" fue acuñada por Pablo VI en el Año Santo de 1975. El término civilización hace alusión a algo político. Pero no se queda en eso. Es igualmente importante su vertiente humanística: "La civilización pertenece a la historia del hombre, porque corresponde a sus exigencias espirituales y morales: creado a imagen y semejanza de Dios, ha recibido el mundo de manos del Creador con el compromiso de plasmarlo a su propia imagen y semejanza. Precisamente, del cumplimiento de este cometido deriva la civilización, que, en definitiva, no es otra cosa que la humanización del mundo" (GrS 13). El significado actual del término "civilización del amor" brota de una idea del Concilio Vaticano II, según la cual, es Cristo quien manifiesta al hombre su propia realidad de hombre y la grandeza de la vocación a la que ha sido llamado por Dios (cf. GS 22); por Dios que es amor, que nos destina al amor y que hace que sólo en el amor podamos aspirar a la plenitud. De este modo, la

civilización del amor pasa a ser la fuerza motriz de toda la actividad de la Iglesia y, por consiguiente, de todos y cada uno de los cristianos.

Las armas de la civilización del amor no son otras que la entrega de uno mismo al bien de los hermanos; el servicio a la Verdad, que nos devuelva, plenos de significado, los conceptos de libertad, persona, derechos de la persona, amor; la alegría, alegrarse con la verdad acerca la civilización del amor: "Solamente si la verdad (...) recupera su esplendor, empezará verdaderamente la edificación de la civilización del amor" (GrS 13).

El texto que más luz puede arrojar sobre este tema es, sin duda, el himno a la caridad, de san Pablo, en 1 Cor 13. En él nos muestra el apóstol un camino más excelente: el de la paciencia, el servicio, la humildad, la alegría por la verdad, el perdón, la fe, la esperanza.

Deben hacernos pensar las palabras de Jesús: "vosotros sois la sal de la tierra, pero, si la sal se vuelve sosa...". La sal debe mantener su sabor para cumplir su misión, es decir, los cristianos debemos mantenernos firmes en nuestras convicciones para dar al mundo el sabor que le hace falta. Seremos sal sosa si cedemos al chantaje del mundo y sucumbimos ante sus atractivos; si amoldamos el pensamiento cristiano a los dictados de las modas; si por descuidar nuestra formación no somos capaces de discernir "lo que agrada a Dios, lo bueno, lo perfecto".

Desgraciadamente, no son pocas las veces que nos dejamos vencer, consciente o inconscientemente. Cuántos de nosotros pueden decir que no han mentido nunca en un currículum, exagerando sus conocimientos o trayectorias; quién no ha usado nunca cosas de la empresa para propio beneficio (una impresora,

por ejemplo); quién ha tenido siempre sus opiniones firmemente ancladas en la sana doctrina; y así, un larguísimo etcétera. Corremos un constante peligro de perder nuestro sabor y de ese modo sólo serviremos para que nos pise la gente.

Hemos de poner manos a la obra y mostrar al mundo que hay otra forma más humana de hacer las cosas, más conforme con la naturaleza y las necesidades del hombre. Dispongámonos a dar a nuestros hermanos el testimonio de nuestra alegría, de nuestra honradez, de nuestra comprensión, de nuestra sinceridad, de nuestra esperanza en que es posible cambiar las estructuras esclavizantes de la sociedad. Y actuemos haciendo todo lo que esté en nuestras manos, sin dejarnos amedrentar por miedos infundados o desesperanzas que no son de Dios. Actuemos para no acabar siendo, como dice el papa san Juan Pablo II, víctimas de los males que nos hemos limitado a observar con indiferencia (cf. FC 44).

Partiendo de la vida (ver)

1. Presentar hechos de vida que muestren cómo el mundo ha ido poco a poco, conformándose a él, cambiando mis convicciones u opiniones. Por el contrario, hechos de vida en los que yo haya dado un testimonio de confrontación con algún criterio mundano sin importarme las modas o los convencionalismos.

2. Puedo llevar al grupo hechos de vida en los que la desesperanza en el cambio de la sociedad me haya llevado a la pasividad y a la amargura; también, hechos de vida que transparenten una actitud de esperanza

activa, que no se para ante las dificultades ni espera frutos inmediatos.

3. Ha podido ocurrirme alguna vez que una falta de formación doctrinal me haya impedido hacer ver la postura de la Iglesia en temas polémicos o de interés social. Otra opción podría ser contar hechos de vida en los que la oración, propia y de los demás, se haya manifestado como fundamento y motor de mi testimonio de confrontación con el mundo.

4. Por último, hechos de vida que muestren cómo mi actitud frente a la vida, la familia, el sufrimiento o el trabajo, ha influido en el ánimo de alguno de nuestros hermanos alejados, provocando incluso la conversión.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- Jesucristo nos habla de la misión de ser luz y sal para que los hombres glorifiquen a Dios (Mt 5,13-16; Lc 9,50). En Pentecostés, los apóstoles salieron a confrontarse con el mundo pagano (Hch 2,1-11). Precioso testimonio de san Pedro sobre Jesús (Jn 6,67-69).

- El Maestro nos enseña lo primordial del servicio al prójimo (Mc 9,33-37; Jn 13,1-20).

- La figura de san Juan Bautista es el perfecto ejemplo de confrontación con las opiniones imperantes, pese a las consecuencias que esto puede acarrear (Mt 14,3-12; Lc 3,1-20). El ejemplo contrario lo constituye el joven rico, que no es capaz de sacudirse las ataduras de lo mundano para seguir a Jesús (Mc 10, 17-22).

- San Pablo nos da pautas para que nuestra conducta busque agradar a Dios y no al mundo (Ef

5,1-20). Dar testimonio con dulzura y respeto (1Pe 3,16).

B) Magisterio de la Iglesia

- El documento de la Conferencia Episcopal Española, *La verdad os hará libres*, recoge un magnífico programa “con el fin de ayudar a renovar el clima de nuestra comunidad cristiana y de la sociedad en que vivimos” (VL 50-66).

- En la encíclica *Evangelium vitae*, se expone la forma de anunciar, celebrar y servir el evangelio de la vida, realizando un cambio cultural que lleve la luz de Cristo a todos los hombres. “La formación es imprescindible para ser capaces de dar razones de nuestra fe” (VL 30-31; ChL 57-60).

- La responsabilidad de promover el bien común y mejorar la sociedad, es algo inherente a la persona humana (CEC 1913-1917). Sobre la directa confrontación con lo secular y la urgencia de caminar en la luz y llevar a los otros hasta ella (VS 84-89).

- S. Juan Pablo II nos muestra a Jesucristo saltándose convencionalismos carentes de sentido y anteponiendo siempre la persona a las modas (MD 12-16).

- Jesucristo, primera motivación para el testimonio (EG 264); la oración, algo imprescindible en la evangelización (EG 262); “dar testimonio pero no como enemigos que señalan y condenan” (EG 271).

Compromiso apostólico (actuar)

Este tema nos pone, como ningún otro, frente a nuestra realidad de tener que ser distintos de lo que el mundo nos propone. Debemos asumir un compromiso que potencie nuestra actitud de salirnos de los esquemas mundanos, llevando por el mundo el buen olor de Cristo. Individualmente, podemos comprometernos a intervenir en las conversaciones aportando el punto de vista cristiano, siempre bien cimentado en la doctrina de la Iglesia; a atender a los que el mundo margina acercándonos a ellos a través del asistente social de la parroquia; a ser críticos frente a la TV no contemplando programas en los que se irrumpen en las vidas de las personas para criticarlas y avergonzarlas públicamente.

Como compromiso de grupo o de centro proponemos organizar una conferencia o unas jornadas dedicadas a aclarar puntos de la postura de la Iglesia en determinados temas que interesen a la parroquia y al barrio: anticonceptivos, homosexualidad, justicia y recursos económicos, ética profesional, el servicio a la Iglesia y a la sociedad, libertad de conciencia, relación con otras confesiones...